

“Mi madrina me hizo esclava”

Eli se fió de su madrina en su país de origen: “¡Una mujer!”, dice sorprendida, “¡cómo me iba a engañar!”. Sin pensarlo, hizo sus maletas desde El Salvador rumbo a España en busca de una oportunidad. De una vida mejor. “Me ofreció un trabajo digno y bueno en Madrid, y acepté. Pero al llegar al aeropuerto, ya supe que se había burlado de mí. ¡Mi propia madrina! Luego me entere de que no era la primera vez que le hacía algo así a una chica”, relata a esta revista. Y continúa: “Sin mediar palabra, sin que yo dijera nada, me entregó a una familia y allí empezó mi calvario. Me convertí en una esclava del hogar. Una prisionera doméstica”. No obstante, se congratula de que, “al menos, no terminé en la prostitución como otras amigas –y eso que algunas de ellas me lo propusieron como salida rápida y fácil–. Pero no podía aceptarlo, y eso que el trabajo doméstico, el que yo viví, no era mucho mejor que otro tipo de sumisión”.

Esta mujer salvadoreña estaba pendiente de la casa día y noche, sin descanso: “Limpiando, cuidando a los niños, sin festivos, sin ninguna muestra de afecto, sin remuneración alguna, las 24 horas del día”. No vio un euro por todos sus desvelos. “Como mi viaje costó 5.000 euros, me descontaban 300 euros mensuales, por tanto, nunca vi nada. Fue una explotación en toda regla”, explica, aunque, para ella, eso no era lo peor. “Lo más grave es que me cambiaban de familia en familia como si fuera una re-

venta... y hubo un momento en que no podía más”, señala. En esa fase apareció lo que ella pensaba que era una cuerda a la que agarrarse, un arraigo en la vida...

Sin embargo, resultó no serlo. “Seguí explotada hasta que creí que llegaba mi príncipe azul, pero resultó ser un sapo. Necesitaba cariño, creía amarle... Al final, pasados los primeros meses de tranquilidad, todo fueron malos tratos psicológicos. Me hacía sentir más sumisa, fea, triste y desvalida que nunca. Rompía cosas, tiraba muebles, partía mesas, todo en medio de ataques de ira”, rememora con terror en su mirada. Cuando se quedó embarazada la obligó a elegir: o el niño o él. “Si quería seguir siendo su pareja, tenía que abortar”, sentencia. Y eligió a su hijo.

“Solo quería paz”

El novio en cuestión era musulmán y pretendía casarse con una mujer de su religión y su casta para hacer feliz a su familia y, a la vez, continuar viviendo en España con Eli, llevando una doble vida. “Yo solo quería un poco de amor y de paz, pero me volví a ver sola y en la calle. ¿Imaginas lo que es eso embarazada? Tras mucho peregrinar en oficinas, despachos y demás burocracia, sin que se le abriera ninguna puerta, llegó a una de las casas de las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor. Entonces ya estaba embarazada de ocho meses. “Mi tripa y mi miedo eran igual de grandes”, dice en la única media broma

que se permite hacer. “Si todas las puertas se les cierran, yo les abriré una” es la célebre frase del obispo José María Benito Serra, fundador junto a Antonia de Oviedo y Schönthal de esta congregación que le abrió a Eli la puerta a aquella vida que venía buscando desde El Salvador y que aun no había encontrado.

Ahora, después de un año con ellas, vive independizada, trabaja como cuidadora de ancianos, tiene sus papeles en regla –también los de su hijo– y se siente feliz. “Ya no quiero ninguna pareja, es más, ahora que conozco su vida, yo quiero ser una oblata más. Con ellas he pasado el mejor tiempo de mi vida. Dios me ha ayudado por fin”.

En el camino de redención de Eli, una de las personas más importantes ha sido y sigue siendo Puri Álava. “Las oblatas llevamos más de 150 años trabajando en pro de las mujeres y contra la trata de personas, la prostitución y los malos tratos. Ese es nuestro carisma. Incluso abrimos uno de los primeros hogares para protección de menores”, aclara la religiosa que ha formado parte del equipo de rehabilitación de Eli. “Cuando llegan aquí, hay un equipo multidisciplinar que las atiende: abogadas para arreglar sus papeles, psicólogas que las centran en su eje y talleres para que hablen nuestro idioma; también de autoestima y habilidades sociales, de autocontrol emocional, formación en igualdad y prevención de violencia de género, informática, escuela de madres...”, detalla. Todo ello bajo el paraguas de un programa que se centra en la atención a mujeres en casos de violencia y exclusión social. Trece plazas para otras tantas mujeres y 10 para niños conforman ese pequeño oasis de salvación en Valencia, mientras que en Benidorm tienen otro centro exclusivo para mujeres que han ejercido la prostitución.



Puri Álava, religiosa Oblata

Eli, de El Salvador, fue vendida para convertirse, como ella misma define, en una “prisionera doméstica”

La congregación abrió su primera casa en Ciempozuelos (Madrid) en 1864, con el objetivo de ser un espacio de acogida y una nueva esperanza para las mujeres. Hoy, más de 150 años después, las oblatas se encuentran en 15 países haciendo frente a la trata de personas y ofreciendo una nueva oportunidad a mujeres vulnerables y en contextos de prostitución. Pero, sobre todo, trabajan por el empoderamiento y la autonomía de las mujeres acudiendo a donde se encuentran aquellas a quienes la sociedad ha olvidado.

Antes de despedirnos, Puri, que ha escuchado con atención la conversación con Eli, resume su perfil: “Ahora es independiente, cuida a una persona mayor y la ayudamos cuanto podemos. Incluso una de nosotras va a cuidar a su pequeño, que tiene tres años, cuando tiene turno de noche en el trabajo. ¿Lo mejor de ella? Su fe y que sabe pedir ayuda”, recalca. Ambas se quieren y se abrazan. Se tienen. Se confortan. Y se complementan.

OPINIÓN

CARMEN MÁRQUEZ BEUNZA. CONSEJERA EDITORIAL DE 'VIDA NUEVA'

“Las mujeres no se callan”

Bajo este provocador título daba cuenta José Luis Martín Descalzo en sus crónicas periodísticas del Vaticano II de un hecho absolutamente insólito en la historia de los concilios: la presencia de un grupo de mujeres como auditoras en el aula conciliar, entre las que se encontraba la española Pilar Bellosillo, presidenta por aquel entonces de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC). Habían sido las palabras del cardenal Suenens, en una intervención pública en el transcurso de la segunda sesión conciliar, en el otoño de 1963, las que habían propiciado ese paso. “La mitad del pueblo de Dios son mujeres y está ausente aquí”, había manifestado Suenens en aquella ocasión. La incorporación de aquellas veintidós mujeres constituía un paso importante en la afirmación de la relevancia de la misión del laico y, de modo especial, de la mujer en la Iglesia.

Pilar Bellosillo llegaba al Concilio con una intensa labor eclesial a sus espaldas: como presidenta de las Mujeres de Acción Católica, había

fomentado la educación de las mujeres del mundo rural y de medios populares; desde la UMOFC, había impulsado la Campaña contra el Hambre; y, desde su experiencia internacional, había luchado por sensibilizar a las mujeres para la nueva dimensión que estaba llamada a adquirir su presencia y su papel en la sociedad y en la Iglesia. Tras el Concilio sería una de las grandes promotoras del ecumenismo entre las mujeres católicas.

Ha llovido mucho desde entonces y no ha sido poco lo que se ha avanzado, aunque quede todavía camino por recorrer. El papa Francisco se ha referido a la necesidad de ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia como uno de los desafíos a los que se enfrenta hoy la Iglesia. La celebración del Día Internacional de la Mujer nos brinda una buena ocasión para echar la vista atrás y recordar a una de las grandes mujeres de nuestra historia eclesial reciente, cuya causa de beatificación acaba de iniciarse. Se trata, sin duda, de una buena noticia para toda la Iglesia.



Réplica en Australia de 'La niña sin miedo'